

Viaje a Navarra durante la insurrección de los Vascos (1830-1835)

Por J. Agustín Chaho

Traducido por «MARTIN DE ANGUIOZAR»

(Continuación)

V

EL NAVARRICO.— EL CAPUCHINO.

Hacía una hora que me paseaba alrededor del monte Larún, y mi guía no regresaba. Tomé la resolución de refugiarme en una casa aislada de Vera, que se percibía a cierta distancia. Reconocí al acercarme que debía pertenecer a algún aldeano poco afortunado. Me encontraba ya en el reino de Navarra y no dudaba que el señor o amo de la habitación me dispensaría los honores de un verdadero hidalgo; porque el Vasco peninsular es aún más orgulloso y más austero que el Laburdino.

Llamé a la puerta y un hombrecito de diez años acudió a abrir. Su aspecto espiritual respiraba salud; sus mejillas sonrosadas, su cabellera rizada le daban un aire de querubín, y las prendas de vestir de grueso paño no podían destruir esta primera impresión. Las miradas expresivas y curiosas que paseaba por mi persona anunciaban una inteligencia superior a su edad. Es increíble cómo la lengua euskariana, con sus raíces armónicas, con sus palabras compuestas, admirables por la riqueza de sus imágenes y por la transparencia de su idealismo, favorece al desarrollo del espíritu. Este hermoso idioma no se aprende, no se recuerda; se adivina y, se im-

provisa a esa edad misteriosa en que la naturaleza se revela al hombre, extraña y divina, y reacciona con todo el prestigio y poder de sus cuadros sobre la impresionabilidad virgen e imaginación poética del niño. Todos los sonidos del lenguaje primitivo son para él comprensibles, adaptables, y la armonía del Verbo inspirador redobla la iluminación del pensamiento y la vivacidad de las percepciones íntimas.

El niño de la sociedad vasca acusa también otras modificaciones que influyen sobre su carácter. Los cuidados de que se rodea a su debilidad, el derecho y la justicia que se respeta en él, elevan su alma. Las ocupaciones habituales de un pueblo agrícola y pastor le permiten ser útil desde sus primeros años. Se cree un miembro indispensable de la familia y es tratado en consecuencia; y la buena opinión que se forma de sí mismo se acrecienta cada vez que se le dirige con admiración el título glorioso de hombre, *¡gizona!* En cuanto entra en una velada de treinta personas, los cantos y las conversaciones se detienen y un silencio profundo acoge *su agur* o *su gabón*, al cual todos los concurrentes contestan en coro. Entonces explica con voz alta y en términos claros y a menudo pintoresco el motivo de su presencia. Estas escenas patriarcales no se parecen en nada a las de las villas pulidas, donde todo es desmoralizador. El Vasco, criado en otro medio social, crece para honrar su virilidad con las más nobles virtudes. Libertad, derecho, y justicia son tres ideas naturales que encarnan profundamente en él. Hay que haber estudiado el largo efecto de esta educación familiar para darse cuenta de la inteligencia precoz del pequeño Vasco, del heroísmo de que es capaz, de la altivez nativa del montañés a los veinte años, de su indomable energía a los cuarenta.

El niño que me había abierto la puerta de la habitación navarra representaba para mí el *Etcheko-Jaun*. Le pedí hospitalidad para una hora, añadiendo algunos detalles obligados acerca de la circunstancia que me conducía a su morada. «Suba, suba», respondió con viveza el pequeño vasco, y ya el niño alegre me precedía corriendo por la escalera en tanto que los rizos de largos cabellos saltaban sobre su cuello desnudo. Ví en la cocina gran fuego ante el cual se enrojecía una marmita de hierro de dimensiones exiguas, emblema del pequeño hogar que debía alimentar. La criatura me presentó un banquillo, fué a buscar el suyo y se sentó gravemente atizando al fuego, para imitar a su padre.

—¿Estás solo en la casa?

—Solo; mi padre se fué de mañana temprano al pueblo. Hoy es fiesta en España, la *Anunciación*.

—Y tu, ¿no vas a la iglesia?

—¡Ay, no, nunca!—, contestó el niño dando tirones a sus pantalones de tela ordinaria—; y no es porque no tenga ganas, pues me dicen que se ve allí a Dios Padre, a la Virgen María y al Niño Jesús, pero no tengo traje bastante bueno y V. sabe que hace falta dinero para comprar un terno completo.

—Entonces, ¿tu padre no es rico?

—No era tampoco pobre, puesto que tenía en su armario hasta tres onzas de oro, pero los Cristinos le impusieron una contribución forzada y ha tenido que entregarlas, así es que tengo que esperar hasta el año que viene para vestirme. Mi padre ha dicho que han violado sus *fueros*, sus derechos; porque los Navarros no deben nada a los reyes ni a las remas y las cortes de Pamplona tienen solas el derecho de fijar los impuestos. ¡Paciencia! Cuando termine la guerra, los Fueros de Navarra quedarán restablecidos como siempre.

¡Sofistas, id a aprender de la boca de un niño las leyes de un pueblo libre! El banquillo sobre el cual se hallaba sentado, es para mí más respetable que las cátedras de vuestras escuelas. ¡Hermanito! ¡No puedo decir tu nombre al lector! ¡Quién sabe la suerte varia que la guerra puede aún traer y si las líneas que trazo no te serían fatales! Las hordas extrañas pueden aún invadir mi patria.....

—¡Hombrecito!, tengo hambre, ¿qué me vas a dar para almorzar?

—Hay huevos frescos, leche y un pastel de maíz; sin duda mi padre traerá otro. En cuanto a pan, hace tiempo que no ha entrado ni una miga en esta casa.

Esta miseria me afectó y maldecí la opresión brutal que nada respeta, ni los vestidos ni el alimento del pobre. El Navarrico me hizo los honores del frugal almuerzo, que dividimos a medias sobre las rodillas.

—¿De modo, amiguito, que los Cristinos han arrebatado las tres onzas de oro a tu padre?

—¡Oh!, ¡si hubiera V. visto qué irritado se hallaba! El mismo día quiso marcharse voluntario de Zumalikarra—, y el niño, por un trabucamiento silábico familiar al genio del euskera, sincopaba así aquel nombre glorioso y daba una gracia infinita a su lenguaje; rogué a mi padre que no me abandonara solo aquí, ya que mi madre había muerto. y porque, además, se decía que Zumalikarra no tenía bastantes fusiles para darlos a los hombres de su edad.

—Y tu, ¿te atreverías a partir?

—No quisiera más que eso, pero no me aceptarían—, dijo el niño con tono confidencial—; no llego a la talla.

—¿Qué importa eso? Habrás oído contar la historia del pequeño Guipuzcoano Perucho de Mummaras, que antaño gobernó a España, y la del pequeño Pedro Navarro, que llegó a general en Italia y fué denominado gran capitán.

—¿Era tan famoso como Zumalikarra?

—No, porque hizo siempre la guerra en países extranjeros y no se batió jamás por Navarra.

—Ví a Zumalikarra el día en que cruzó estas montañas marchando a pie al frente de sus guías. Dos voluntarios llevaban por las riendas su hermoso caballo y su gran mulo. El general se cubría con boina, pantalón rojo, zamarra negra con corchetes de oro; largos bigotes y una gran espada..... ¡Si supiera V. lo que ha hecho estos últimos días! Ha tomado por asalto Etcharri-Aranaz..... y ha perdonado a todos los prisioneros. ¡Qué diferencia de los generales Cristinos que hacen degollar a nuestros enfermos y heridos!..... Ha..... escrito..... una carta..... de desafío..... proponiendo..... un duelo de quinientos Navarros contra mil Castellanos—, dijo el vasquito, que había dejado caer su pan y su cuchillo, y gesticulaba con manos y cabeza parándose a cada palabra.

—¡Hombre! ¿Qué me dices?—, exclamé fingiendo admiración.

El niño saltó de su banquillo y, posando la mano en mi espalda, me miró a los ojos:

—¡Sí, quinientos contra mil!— ; y agregando con malicia exaltada, que le hizo asomar el rojo a la cara: —¡y los cobardes Cristinos han rehusado el combate!

El vasquito regresó á su asiento; sus ojos chispeaban, su corazón latía, con fuerza y le ví palidecer para volver a adoptar su actitud primera. Tales son las emociones infantiles que dan el primer temple al alma de los guerreros y de los héroes.

Preveía yo que a Shangarín le costaría dar conmigo en el asilo donde me albergué, y resolví volver al Larún después de haber premiado al Navarrico con el dinero necesario para adquirir la modesta indumentaria que echaba de menos. El niño no vió en la moneda sino brillantes juguetes sin precio; mas el tintineo de los *duros* produjo efecto mágico sobre un individuo que sentí levantarse bruscamente por encima de nuestras cabezas.

—¿Quién va ahí?

El pequeño no repuso, contentándose con sonreír. Un paso pesado hizo crugir la escalera vecina y, sobre la puerta de la cocina, asomó un fantasma sangriento con la cabeza envuelta en un pañuelo. La pícara criatura rió a carcajadas ante mi estupor. «¡Achut, tra.... la la!». Era el hachero de la víspera. Al oír cantar al pobre, herido quizás de muerte, reconocí el carácter vasco y la educación que en el montañés hace que sea un deber ahogar los dolores para conformar su lenguaje al humor de los demás.

—¡Hein!—, prorrumpió con voz hueca—, V., que paga tan generosamente el peor almuerzo cuyo servicio completo no vale cinco perras chicas, ¿no daría V. algo para que el pobre contrabandista compre, no diré pipas, sino un puchero de sesos, ya que el que me hizo mi padre se encuentra en muy mal estado?

El abatimiento del hachero, sus ojos apesadumbrados su cabello mojado en sangre y su voz casi extinguida formaban un extraño contraste con la jovialidad que afectaba. El dinero que le dí la hizo más sincera. El hachero hubiera prolongado sus muestras de agradecimiento, poéticas y alegóricas, a no surgir una voz de fuera:

—¡Ah, señor rey don Carlos: le hacía a V. falta de Vascos para aprovisionar vuestra guerra, de Vascos para emprenderla, y Zumalacarregui para mandarlos!

Habíamos oído hablar a Shangarín. Conducía un voluntario navarro que iba a servirme de guía, pues ignoro aún por qué motivo no osaba avanzar él mismo hasta Lesaca. Puso en la mesa un paquete que contenía parte de mis efectos y me vestí nuevamente mi verde frac girondino de botones de cobre. El color de un traje no es cosa indiferente en día de guerra civil y sobre territorio español.

—Amigo—, dijo al hachero el voluntario chocarrero—, me parece que ha aplastado V. en la frente la mosca que le picó.

El voluntario llevó al vasquito junto a una ventana para cambiar con él algunas palabras rápidas en voz baja mientras yo me despedía del contrabandista.

—Hachero, amigo mío, el pájaro no ha dirigido su vuelo tan bien que el cazador no haya podido alcanzarle. Cuidese bien hasta curarse. Desde hoy va V. marcado para que le reconozca. Hasta la vista.

Me despedí de Shangarín teniendo cuidado de no dejarle celoso por el interés que testimonié hacia su hachero. El Navarrico observaba en silencio y parecía esperar su turno. No le olvidé.

El voluntario cargó amablemente sus bolsillos con mi catalejo,

un pequeño vocabulario y otras bagatelas; tomó sobre la espalda los pocos efectos que Shangarín me había hecho pasar por la frontera, los cuales iban cerrados en una valija que llevaba la milésima de 1823 con estas palabras: *Aprovisionamiento de víveres*. Sentía impaciencia por marcharme.

—¡Hola, voluntario de Navarra!, si no está V. cansado.....

—¡Ay, Jesús!, ¿cansado?, nunca.

—En ese caso va V. a hacer el favor de conducirme a Lesaca a casa de don Pedro de Arizmendi.

—¿El boticario?

—El mismo.

—¿A casa del boticario de Lesaca? ¡Figúrese si le conozco! Soy de Vera. Era yo capuchino, y los Cristinos quemaron nuestro convento, ¡los perros! Tengo veinte años y me hice voluntario. Llevo aún mi antiguo hábito bajo mi capote Vea V Pero tiene V. prisa. ¡Vamos! Voy a conducirle derecho como una bala a casa del boticario de Lesaca, a quien estoy sirviendo como *asistente*.

Antes de trazar el retrato del singular compañero que el azar me enviaba, debo hacer saber al lector que un ayudante o asistente llena junto a los oficiales las funciones de criado. En esta guerra, en que todo servicio de parte de los montañeses es voluntario, los empleos de menos relieve reciben nombres honorables que caracterizan la fraternidad de estos hombres libres y la nobleza natural al genio español. El espía mismo se convierte en *confidente*.

Si hubiera yo sido extranjero, el capuchino hubiera atendido mis preguntas contestándolas brevemente. El lazo misterioso del idioma nacional bastó para establecer entre nosotros desde el principio la misma confianza y la misma familiaridad que si nos hubiéramos conocido hacía mucho tiempo. Era yo el primer Vasco Francés cuyas simpatías irresistibles arrastraban hacia la insurrección. La ocasión era buena para el capuchino navarro. Toda la exaltación que dos años de peligros y de trabajos incesantes, de combates y de victorias, amasaron en él, hizo explosión con fuego arrollador de palabras al tiempo que descendíamos corriendo por las colinas que dominan la aldea de Vera.

El capuchino era de corta talla; sus cabellos, espesos, sobrepuestos por un gorro de policía, escondían a medias su figura morena, notable por dos ojos de excesiva movilidad. Llevaba un mal pantalón y por calzado alpargatas. Una cartuchera bien aprovisionada le servía de cinto por encima de su capote gris y sujetaba la bayoneta. Uno

de sus brazos pendía con un fusil pesado, mientras que el otro, gesticulando constantemente, acompañaba a su cabeza, cuyo juego rápido igualaba la voluptuosidad de sus palabras. Se servía invariablemente del euskera, y los juramentos castellanos que entremezclaba muy de intento, acusaban en él la mayor energía. No me cuidaba yo de interrumpirle:

—Los Vascos no han sido nunca domados; son invencibles en su país, ¡c!.... ¿Ve V. mi capote? Es el de un cristino que maté. Este fusil se lo tomé a un Manchego que no comerá más el pan de la Reina, ¡p!.... Estaba yo en los llanos de Vitoria. He visto fusilar al general O'Doyle, que hizo la mueca al caer, ¡demonio! ¡Qué matanza! ¡Había que ver a Zumalacarregui! ¡Santiago! Sus ojos lanzaban relámpagos, estaba sombrío y en silencio, pero, ¡qué sablazos!, ¡caray! ¿Y su caballería, Dios mío? Figúrese los hombres más fuertes y más intrépidos de los montes: el uno va vestido de húsar; el otro, de dragón; éste, de cazador; aquél, como no sé qué; un pañuelo alrededor de la cabeza, alpargatas, el pecho desnudo; son el terror del enemigo; uno contra cinco harían echarse atrás a todos los diablos del infierno. ¿Sabe V. lo que se da al nuevo cabalgador? Un caballo y una lanza, pues para el resto del equipo están ahí los cristinos. Les dejamos desnudos como la palma de la mano. A esos herejes se les deja la corbata para reconocerles mejor; porque tenemos que despojar también a nuestros camaradas muertos (11). Para éstos, Dios les dará el traje de la gloria... ¡amén! No bastaría una existencia para contaros los horribles sufrimientos que hemos soportado. ¡Qué inviernos! ¡Cristinos por aquí, cristinos por allí, cristinos a todos los diablos! Hemos pasado más de una noche con los pies en la nieve, sin otro reconfortante que un poco de vino y cigarros. Varios de nuestros voluntarios no contaban diez y seis años, pero cantaban, ¡pobres ángeles! Más tarde lloraron, cuando hubo que amputarles los dedos de los pies que se habían helado. ¡Por fin la victoria! Hoy somos treinta mil hombres, y seríamos cien mil si no hubieran faltado armas. Todo requiere un principio. Nuestra caballería se compuso al principio de cuatro hombres. El más calavera tenía un ronzal en lugar de brida, y dirigía su caballo a puñetazos diciendo al blandir su velludo brazo:

(11) Dice un biógrafo de Zumalacarregui que la toma de una caja de municiones tenía para los carlistas tanto valor como una victoria, y que más de una vez aquel caudillo hubo de renunciar al triunfo por falta de cartuchos; pero con su actividad y su genio militar suplía las inmensas desventajas de su situación (N. del T.).

«¡qué sablazos voy a dar, c!»). No tenía aún sable; ¿Si hemos matado de esos cristinos? Nuestros lanceros les empalan como a sapos. Uno de aquellos bravos se retiró de la pelea arrastrando su lanza, cuyo hierro se había doblado. Fué a sentarse al pie de un árbol. El general corrió a él (V. sabe que es Guipuzcoano y que pronuncia las *r* como las *d*), ¡cadajo!..... El pobre lancero se moría de miedo: «Don Tomás, estoy cansado, no puedo más, he matado a diez y nueve». Sus camaradas aseguraron que el lancero decía verdad. ¡Es que no hay, que jugar con el general, porque es terrible en el capítulo de la disciplina (12). A la falta menor, palos. Si algún voluntario resiste, sus compañeros se encargan de administrarle la corrección. Llamamos a eso justicia del pueblo (13).

El capuchino cesó de hablar al entrar en la aldea de Vera. Los niños nos saludaron con gritos de ¡Vivan los Fueros!, ¡Viva Carlos V! El capuchino caminaba con aire importante y atareado, cambiando adioses con todas las personas que conocía, jactándose de llamarlas por sus nombres: «¡Hola, padre Antonio!, tengo para V. una noticia; vuestro sobrino se distinguió en el último combate y es ahora voluntario de las milicias celestes. ¡Buenos días, Chachina!; Perico pide su pantalón blanco; está curándose de su herida. ¡Adiós Marichu!, tu hijo te manda decir que ya no tiene camisa; está bien de salud». Cierta hidalgo de bastante mala presencia tomó la palabra en un grupo: «¿A quién nos traes, capuchino? ¿Será algún negro?». Me dirigí directamente al interrogador: «¡Más blanco que V., señor Moro!». Esta contestación, hecha en lengua navarra, me valió grandes aplausos.

Ibamos a salir del pueblo para proseguir nuestra ruta hacia Lesaca, cuando una voz fuerte gritó tras nosotros: «¡Para, demonio!». Al volverme noté a un coloso de hombre que nos seguía con paso de gigante y carabina al hombro. Era un aduanero carlista. Respondí a su saludo en lengua vasca. El talismán produjo su efecto, pues el aduanero llevando respetuosamente la mano a su boina, me rogó que le siguiera hasta. el brigadier Sarasa, encargado de la policía de la frontera. Ignoraba yo que este jefe hubiera ya entrado en Vera. Dije al capuchino que me esperara y seguí al gigantesco aduanero. Llevaba ancho cinto de cartuchos, y sus piernas, cuyas dimensiones

(12) Historiadores del general Zumalacarregrui (1783-1835) declaran que «era obedecido con una abnegación sin ejemplo por los vascongados que en él veían al genuino defensor de sus amados fueros, (N. del T.)»

(13) «Implacable y tenaz cuando se trataba de corregir abusos, (N. del T.)»

estaban en armonía con la talla hercúlea, parecían hechas para calzar las botas de Rolando que se guardan en Roncesvalles.

Pasamos ante la alcaldía de Vera. Este edificio, en todos los pueblos vascos, se distingue de las habitaciones particulares por su arquitectura. Está sostenido generalmente por arcadas y su fachada blanca se adorna con grandes pinturas rojas y escudos de armas. Sarasa se instaló en una casa vecina. Fuí internado en un cuartito cuya puerta cerró el aduanero. Las imágenes de San Saturnino, primer apóstol de Navarra, y de San Fermín, primer obispo de Pamplona, tapizaban el muro. Un registro destinado a inscribir los nombres de los viajeros estaba abierto sobre la mesa. Me permití hojearlo y observé que durante el primer tiempo de la guerra pocos oficiales castellanos habían salido de Inglaterra para tomar parte en la insurrección; pero al recorrer fechas más recientes, ví asombrado cómo crecía su número. El orgullo español lleva al exceso la manía de los grados. Cada uno de esos personajes oscuros se titulaba brigadier, coronel o comandante. Al fin la puerta se abrió para, dejar entrar al brigadier Sarasa. Su fisonomía me pareció agradable y espiritual. Una boina sombreaba sus cabellos grises; una chaqueta o cimarra negra de piel de cordero le servía de uniforme; pantalones bordeados de cuero y gran sable de caballería completaban su traje de soldado-aldeano adoptado por todos los oficiales del ejército rebelde. Hallé facilidad y dignidad en sus maneras. Me dirigió la palabra en castellano:

—Señor Sarasa, si no sabe francés, sírvase hablarme en buen euskera, porque soy Suletino y no amo nada vuestros dialectos romances.

Nuestra conversación tomó desde aquel instante el giro más amigable.

—V. es el primer Vasco que nos llega de las provincias francesas—, me dijo—; decididamente, los ultrapirenaicos han olvidado a sus hermanos españoles.

Escribí mi nombre en el registro de policía y Sarasa me preguntó cuanto tiempo pensaba quedarme en Navarra.

—Hasta el fin de la guerra tal vez; a menos que el capricho y la desconfianza de la camarilla me obligaran a regresar a París antes de lo que yo quisiera.

Fijé la mirada en el brigadier para tratar de leer en su cara si el temor que acababa yo de insinuarle tenía algún fundamento. El astuto montañés no juzgó prudente dejarme entrever su pensa-

miento y tomó repentinamente un aire distraído dando una vuelta por la habitación.

—¿No le han dado nada los Bayoneses?—, me avanzó acercándose.

—Le suplico que crea, señor Sarasa, que no me he puesto en comunicación alguna con los legitimistas de Bayona. En cuanto a los ‘anillos y signos de reunión de que suelen proveer a sus protegidos, yo no tengo necesidad de tales bagatelas.

El brigadier hizo un gesto cuya expresión me fué imposible determinar, y sin proferir palabra me condujo a un hueco de ventana. El sol brillante y caluroso comenzaba a elevarse sobre el horizonte. Sarasa me enseñó la colina sobre la cual Mina estableció sus campamentos encima de Vera cuando en 1830 quiso penetrar en Castilla por las regiones vascas a la cabeza de algunos miles de aventureros. Eraso y Santos-Ladrón exterminaron esas bandas extrañas, y Jauregui, El Pastor, y Mina no se escaparon de la muerte sino por una de esas retiradas familiares a la audacia y habilidad del viejo guerrillero, en tanto que Chapalangarra, su hermano de armas, caía cruzado por seis balas en Valcarlos. Había tomado avance sobre sus tropas esperando conseguir que ante una arenga suya los enemigos depondrían las armas. Santos-Ladrón cometió la misma imprudencia y se dejó coger para ser fusilado. ¡Singular coincidencia!

Me despedí de Sarasa. El capuchino, que me esperaba en el camino, se unió a uno de sus camaradas, nativo, como él, de Vera. Teníamos que seguir algún tiempo el curso del Bidasoa y atravesar un puente que cruza ese río antes de llegar a Lesaca. El capuchino me repitió las canciones guerreras que los diversos cuerpos del ejército insurrecto hacen oír al marchar al combate. El refrán Requeté ha quedado como mote para el tercer batallón de Navarra, que se ha conducido siempre de manera brillante. El segundo batallón lleva el nombre de *Salada*, cuyo origen es poco más o menos el mismo que el del precedente. Es imposible hacerse idea de la ardiente emulación que exaltaba el coraje de los montañeses de cada valle bajo las miradas de Zumalacarreui. La palma de la bravura pertenece al inmortal batallón de los guías, formado enteramente de voluntarios escogidos y ya distinguidos por acciones brillantes. El sexto batallón de Navarra viene después de aquél.

El capuchino terminó la serie de sus canciones con un refrán castellano que, en su feroz ingenuidad, no hablaba nada menos que de desollar a la reina Cristina viva y de hacer un tambor con su piel para ir a redoblar el llamamiento por los valles de Aragón. Repitió

esta copla con expresión digna de horrible enrgía. Pensaba yo con placer en que la inspiración de los bardos euskaros no prohió jamás nada semejante a este canto castellano. Las heroínas con que nuestros antepasados celebraban las glorias de la patria o deploraban sus reveses, son de una elevación completamente bíblica, y la dignidad de costumbres patriarcales impresa en esas improvisaciones sublimes, realza aún más la poesía nativa del idioma euskérico. Las tentativas atrevidas de Carnicer y su aventura trágica sobre Aragón, apenas excitó alguna emoción pasajera sobre el pueblo aragonés, pueblo naturalmente caballeresco y el más bravo quizás de toda España, después de los Euskadianos.

Los voluntarios, habiendo sospechado mi ensueño, cesaron de cantar y anduvimos algún tiempo en silencio. Los montes se acercaban a medida que avanzábamos. El río, encerrado entre rocas, roncaba su murmulla semejante al redoble de trueno lejano. El paisaje se hacía más sombrío. Al fin el puente del Bidasoa apareció a nuestros ojos, abrazando con un solo arco toda la anchura del río. Un voluntario se paseaba arma al brazo en la extremidad del puente.

—¿Quién vive?—, gritó al acercarnos.

—¡España!

—¿Qué bandera?

—¡Carlos V!—, contestó el monje-soldado.

Pasamos. Oí al mismo tiempo las notas joviales de un Silbo o flauta de tres agujeros y el golpeo cadencioso de la pandereta, bastante parecido al ruido del *tam-tam* indio. Eran voluntarios que bailaban el salto de los Vascos sobre el césped ante un cobertizo próximo transformado en cuerpo de guardia. El salto de los Vascos, bailado otrora en ronda bajo el roble de la libertad, se distingue por la viveza de los pasos y por los brincos ágiles de los danzarines que siguen en la misma línea sin tocarse y dando vueltas tan pronto a la derecha como a la izquierda describiendo un círculo. Los voluntarios, vestidos con capotes grises y boina, no tenían en la mano el bastón ferrado que los montañeses sabían blandir lanzando gritos salvajes, ni los broqueles que los Vascones antiguos entrelazaban chocando al bailar, sino largos fusiles limpios y relucientes que el sol hacía resplandecer. Mis dos jóvenes acompañantes no pudieron resistir al deseo de hacer algunas vueltas de baile al son del silbote, y fueron a zarandearse al medio del círculo con su carga en la espalda, hasta que tomamos la resolución de marcharnos.

El capuchino no pensaba más que en su convento.

—Esos voluntarios—, me decía con calor—, son del valle del Baztán y fueron de los primeros en rebelarse con don, Martín Luis Etchavarría, que es hoy miembro de la Junta de Navarra. ¡Oh, digno caballero, tan leal como bravo, y Navarro a toda prueba! Su esposa está en Burdeos; su hermana y su madre, prisioneras en Pamplona; su hija, de corta edad, se halla escondida en alguno de nuestros valles bajo dizfraz oscuro. ¿Conoce V. tal vez a don Martín Luis? Su hermano es capellán de la Junta. El boticario de Lesaca, a cuya casa vamos, es pariente suyo. ¡He ahí otro valiente Navarro! Ha sacrificado todo; sus tres jóvenes hermanas han mostrado la misma fidelidad y el mismo heroísmo. Los Filisteos estaban ayer en su casa. ¡Bárbaros!, han pillado hasta las palomeras y cogido hasta el último pichón. Uno de ellos rompió la guitarra de don Pedro. A no ser por algunos oficiales menos rabiosos, hubieran echado a la calle su farmacia de donde adquirimos los remedios. Don Pedro habla varios idiomas y sabe física y química tan bien como yo el pater noster. ¡Cómo sentirá no poderle festejar! Esta guerra le ha arruinado..... Justamente, ¡héle ahí!..... ¡Mirad, es él! Ví un paseante que se dirigía hacia nuestro lado. Llegábamos a Lesaca. El capuchino se adelantó corriendo a anunciar al boticario la llegada del Francés.

VI

LOS INSURRECTOS

El boticario vestía traje de oficial, como el que he descrito al hablar del brigadier Sarasa; sus espesos bigotes y ojos de lince le proporcionaban el aspecto más intrépido; su talla media agregada a formas elegantes que anunciaban vigor y agilidad, su petulancia extrema y la exaltación de sus menores palabras, trazaban en él el tipo vasco de que yo he encontrado el sello en Zumalacarregui, Sagastibelza, Iturralde y en casi todos los oficiales superiores del ejército.

—¡Amigo!—, exclamó el boticario oprimiéndome entre sus brazos-, ya estáis en Navarra. Sangrienta, mutilada, pero siempre indomable, jamás la patria fué más hermosa que hoy. Los cuatro muros y el techo de mi casa, quedan todavía para recibirlos. Esos pillastres de peseteros me han mandado decir que la quemarán sin

falta la primera vez que vuelvan a Lesaca. No faltaría más para su alegría que cogirme vivo.

El boticario, o mejor don Pedro de Arizmendi, me condujo a su casa y me presentó a sus tres hermanas. Estaban vestidas de negro, según la moda del país; sus cabellos trenzados y recogidos sobre la frente a guisa de diadema, estaban sujetos por altas peinetas sobre las cuales las señoritas vascas echan largos velos negros caídos. Este traje, al primer golpe de vista, tiene algo de religioso y de triste, y el extranjero que viera por primera vez nuestras fiestas públicas tendría la tentación de tomar a los Vascos por un pueblo de luto. El aspecto vivaracho y gracioso de las mujeres euskarianas destruye pronto esta primera impresión. El negro era el color favorito de los Euskaros y lo adoptaron, como los Cántabros, para sus banderas. (Algunos batallones de los sublevados poseen banderas negras con huesos amarillos y cráneos que los cristinos no pueden ver sin terror.) Hoy aún afecta el negro a la vestimenta de las jóvenes y las hace distinguir de las casadas, que se visten invariablemente de blanco. Estas últimas se tocan con pañuelo blanco, o sabanilla, anudado en la frente. Las hijas núbiles son las únicas que tienen el privilegio de presentarse en público con la cabeza desnuda; lo más frecuentemente, recogen sus cabellos en lo alto de la cabeza a estilo chinesco y los dejan colgar en largas trenzas. Llevan cintura de seda cuyos extremos son rojos, y este símbolo de la virginidad no les abandona hasta la noche de sus bodas en que el feliz *senargei* las hace su trofeo. Aquellas a quienes una tierna debilidad hizo madres antes del sacramento, usan la sabanilla blanca con cintas negras y verdes, emblemas de pesar y de esperanza. Se reúnen con las mujeres casadas en las ceremonias religiosas y diversiones públicas, pero sin mezclarse con las vírgenes (14). Estas distinciones se convierten en salvaguardia de las costumbres y conservan en la fisonomía del pueblo vasco la sencillez primitiva y el timbre de antigüedad.

El boticario me propuso recorrer el pueblo e ir a ver los voluntarios a la plaza pública. Visitamos la iglesia al pasar. La entrada de estos edificios religiosos está generalmente sombreada por la techumbre de un amplio pórtico cuyo suelo está pavimentado con losas tumbales unidas y que llevan cada una un número de familia. Las casas más ricas y las distinguidas tienen sus sepulturas en la nave.

(14) Chaho sigue aquí a Zamacola, «Historia de las Naciones Bascas», 1818, que aplica estas costumbres a Vizcaya (N. del T.)

En las provincias francesas, al contrario, las iglesias se rodean de cementerios a los cuales la lengua vasca da el nombre poético de *Il-erri*, pueblo de los muertos. Cada tumba va sobrepuesta de una cruz de piedra cuya forma afecta a veces al del disco solar. Un removimiento de tierra imita el lecho del muerto, que diríase durmiendo bajo las flores de que el túmulus aparece cubierto. He preferido siempre esta costumbre a las anchas piedras que cubren la sepultura del rico, y hasta a esas estatuas yacentes de mármol, de manos enlazadas, privativas de las tumbas reales y de la grandeza.

Las iglesias de Navarra están generalmente edificadas en alturas, con el altar mayor vuelto al oriente. Una puerta privada, pila de agua bendita particular y galerías particulares están asignadas a los de la casta de los Agotes. Los cantos griegos y romanos adoptados por el catolicismo no dejan de tener belleza. El órgano, expresión la más grandiosa del arte musical, subyugó por su armonía poderosa a los montañeses a quienes revoluciones sucesivas habían privado de arte social y de la civilización natural de los patriarcas abuelos suyos. Hoy, el pueblo, en algunos valles del País Vasco acompaña con su inmensa voz a la voz del sacerdote; todos los asistentes, hombres, niños, ancianos y mujeres, cantan con él en coro. La bóveda de las iglesias, pintada de azul y sembrada de estrellas, imita a la bóveda celeste; pabellón soberbio bajo el cual los antiguos celebraban sus alegres fiestas nocturnas en honor del IA0 eterno.

La invasión de los Bárbaros rugía a lo largo de los Pirineos cuando el cristianismo se introdujo entre los Vascos. Una idea militar parece haber presidido la edificación de sus templos fuera de las aldeas, sobre elevaciones de donde la vista puede extenderse a lo lejos. Los montaraces colocaron los objetos de su culto y las cenizas veneradas de los muertos en los sitios menos accesibles y más fáciles de defensa; no se daban a las expansiones religiosas sino después de haber tomado precauciones contra las sorpresas del enemigo. El campanario, *zenu-tegui*, *izkila-dorre*, servía de observatorio, y centinelas vigilantes sonaban si era preciso el toque, de alarma. Los cronistas transmiten que durante toda la Edad Media los Vascos iban armados a sus iglesias y depositaban en el recinto de la casa de paz la lanza y el hacha mortífera. Hacia la misma época varios pueblos, desertando del roble de libertad bajo el cual se congregaba el *Bilzar*, transportaron sus asambleas populares al pórtico del templo, por lo que recibieron el nombre de *Anteiglesias*, *Elizaitzin*. Me limito a estos

rasgos descriptivos, pues mi finalidad no es apreciar aquí la influencia del catolicismo sobre los Vascos.

Las pinturas emblemáticas que adornan las iglesias de Navarra son notables por varios conceptos. He descubierto en la variedad de sus colores una extraña inteligencia del mito y una ciencia profunda de los símbolos. Puedo citar el *Agnus* celeste, denominado blanco o *Churien* por los Iberos, los Indios primitivos y los Iramitas. En los templos vascos está pintado de una brillante blancura sobre fondo azul celeste encuadrado de rayos solares. Las más hermosas formas del arte cristiano se unen a la filología primitiva por las religiones de la antigüedad. Figurémonos la vida universal simbolizada por la paternidad del Gran-Ser, ¿qué de más majestuoso que el anciano olímpico, el *Padre*, planeando en el espacio al ruido de las armonías de la creación y redondeando con sus manos divinas los chispeantes globos de que siembra la inmensidad? Es admirable ese *Cristo* saliendo glorioso del ataúd, los brazos tendidos, sin esfuerzo en inmovilidad perfecta y elevándose por el poder de su esencia, etérea, como un rayó luminoso, medio sumergido en el azul. Me gustan también esas imágenes débiles, torturadas por el martirio, en que el alma humana parece exhalar su último grito de exaltación, semejante al sonido sublime que brota de la lira del poeta cuando se rompe. El *Vidente* se ha declarado casi sólo en el nuevo siglo contra el culto cristiano; pero no ha sido por no haber comprendido lo que encierra de inspiración superior y de verdad filosófica en sus modelos primitivos,

..... La escultura antigua escogió el mármol, elemento neutro, para reproducir lo humano por el ideal de las líneas y lo natural de las proporciones, sin usurpar jamás la misión de la pintura, que da agudeza mágica a sus formas ayudada por el prestigio y la ilusión de los colores. El arte gótico ha confundido las dos finalidades más distintas de la imitación, vanagloriándose de encarnar las imágenes palpitantes de la vida con reflejos cadavéricos. Las estatuas de apóstoles, de obispos y de santos que pueblan las más famosas catedrales del Occidente, no se parecen poco a los odiosos fantasmas de cera que una cortina esconde a la curiosidad del pueblo en los bulevares parisinos. El Bárbaro ha enchapado de oro sus estatuas como sus altares, y es el caso de aplicarle la frase de Apelles a un pintor mediocre: «no pudiendo hacer bella a tu Elena, la has hecho rica».

La iglesia de Lesaca, aunque pequeña, es en su estilo una de las más bonitas de Navarra. El boticario me hizo ver una virgen a la

que los peseteros rompieron la urna para llevarse el puño de oro de su ramo. Me enseñó también un gran Cristo ante el cual cierto oficial liberal profirió amenazas blandiendo su sable. Este extranjero blasfemo recuerda la tortilla que el ateo Desbarreaux, espantado por una tempestad, arrojó por la ventana desafiando a Dios y a sus truenos. Crédulo o escéptico, el Bárbaro es siempre el mismo y su impiedad no es menos supersticiosa que su fe.

Después de haber visitado el templo, descendimos a la plaza pública en que los voluntarios jugaban a la pelota bajo los arcos de la alcaldía. Jugaban partido en el trinquete (15). Los Romanos tomaron de los Iberos el juego de la pelota y le aplicaron el primer lugar de su gimnástica. Los Vascos se reputan como los mejores jugadores de toda España y se dedican con pasión a esta diversión que redobla sus fuerzas, su agilidad natural, y que pone de manifiesto todas las ventajas físicas a las cuales los montañeses atribuyen gran valor. Lo prefieren hasta a los placeres de la danza, y los ojos de una linda novia tienen para el joven Vasco menos encanto que una pelota lanzada hasta las nubes por su brazo nervioso armado del guante de cuero. Los individuos que se distinguen en este juego tienen gran estimación entre los montañeses y se hallan honrados como los vencedores de los juegos olímpicos de la antigua Grecia, sobreviviendo su gloria durante varias generaciones. El Navarro Assans y el Laburdino Perkain fueron las dos grandes celebridades del siglo último. Lamento haber olvidado el nombre de un jugador contemporáneo que hizo prodigios en presencia de S. M. Carlos V y de más de diez mil espectadores congregados en Elizondo. Cada pequeña región tiene jugadores de que ella se vanagloria, y se envían frecuentemente retos los unos a los otros, acompañados de apuestas considerables. Las fiestas patronales son elegidas generalmente para este género de espectáculo, y el cura del lugar, preveyendo la deserción que amenaza a su iglesia, tiene la prudencia de terminar temprano los santos oficios. No es raro ver la población de un valle acompañando en masa a sus campeones y marchar así con la música al frente y con los bardos improvisadores que deberán inmortalizar

(15) Las reglas de este juego consisten en hacer pasar la pelota sobre una cuerda tendida a la altura de cuatro pies en medio de un cuadrado estrecho cuyos ángulos hacen que la dirección de la pelota sea bastante irregular y obligan a los jugadores a luchar contra esas dificultades reunidas, desplegando la precisión del golpe de vista, la elasticidad de los movimientos y la prontitud de los golpes, evitando estorbarse ni chocar los unos con los otros (Nota del Autor).

en sus coplas las fases diversas de tan singular contienda y el triunfo de los vencedores. De una parte y otra se eligen los testigos, cuyo deber es velar porque las reglas del juego sean observadas fallando sobre los tantos dudosos. Estos jueces de cancha llevan en la mano bastones ferrados y marcan los puntos con ramas de oliva. La pelota de que se hace uso es elástica y dura, pesando a veces hasta diez y seis onzas. Es un espectáculo divertido ver a los pelotaris coquetamente vestidos calzados de ligeras alpargatas, guante de cuero en mano, tomar puesto en una cancha espaciosa y desafiarse, responderse, correr, brincar con increíble agilidad, devolverse la pelota que tan pronto arrasa el suelo cual bala, como describe un círculo en los aires dejando suspensa tras sí el alma de los espectadores interesados. Las apuestas se cruzan, las monedas de plata y oro llueven sobre el suelo y ¡feliz quien las recoja! Los gananciosos animan a los jugadores con grandes aclamaciones; los que pierden guardan triste silencio. Pero la fortuna, que distribuye sus favores entre campeones igualmente encarnizados, ágiles, diestros, se muestra caprichosa, y las alternativas de alegría y de contrariedad se suceden con rapidez. El poblado al que quedan los honores de la jornada, está tan orgulloso como de una victoria y conserva una idea de preeminencia propicia a alimentar rivalidades locales que dividen a los montañeses. A veces, cuando al anoecer han terminado los partidos y las apuestas se liquidaron y se bebió buen vino, estalla la más furiosa querrela. Una copla de bardo, demasiado cáustica, un *achut* despreciativo escapado en la embriaguez del triunfo, da la señal: bastones ferrados entran en danza.....; después, cuando la refriega se dispersa, los dos bandos se retiran; los derrotados a hacerse vendar el cráneo esperando la «revancha».

Nuestros voluntarios, sentados alrededor del trinquete, sobre losas que el sol caldeaba con sus rayos, miraban jugar a sus camaradas, No se entablaban entre ellos apuestas de dinero, porque si las distribuciones de cartuchos eran abundantes, su paga cotidiana era ligera, y los *cuartos*, raros en sus bolsillos. Apostaban cachetes, moneda que los gananciosos distribuían a merced.

—¿Ve V. a esos niños heroicos—, me observo el boticario—; la mayor parte de ellos no tienen aún diez y seis años y muestran caras de muchachas; tienen la lindeza de los gatitos y se convierten en tigres durante el combate. ¡Hay que verles correr hacia el fuego más vivo y precipitarse a lo más fragoso de la lucha! Se reposan ahora de sus fatigas, indiferentes y alegres. La más santa de las

causas les puso las armas en la mano, y la admiración y el amor de las poblaciones les envuelven. Cada madre de familia les recibe en su casa como a sus propios hijos, y en todas partes encuentran patria. ¡Qué diferencia con los cristinos!: les veréis lo más amenudo taciturnos, sombríos, desanimados, parapetándose en las casas; sus juegos consisten en aullar tras las ventanas, burlarse de los pasantes para incitarles a lanzar gritos sediciosos que no tienen eco en estas montañas. La sed de pillaje excita su ardor que tienen necesidad de sostener y de exaltar con demostraciones anárquicas gritos confusos, cantos discordantes. La noticia de la proximidad de Zumalacarregui ha bastado para hacer desalojar de Lesaca al Pastor, que corre con su partida a encerrarse en San Sebastián.

El boticario me condujo a una casa vecina en que encontramos una reunión de oficiales, algunos de los cuales se hallaban sentados al extremo de una larga mesa, cartas en mano, fumando cigarrillos y bebiendo vinos generosos de la Ribera. Los otros se paseaban por la habitación, con sus sables pendientes y pantalones guarnecidos de cuero. Eran en su mayor parte robustos aldeanos de talla más que ordinaria. Soldados de la libertad, debían sus grados al sufragio de sus conciudadanos, y los de más edad no pasaban de los cuarenta años. Sus gestos vivos, impetuosos, denunciaban un exceso de fuerza y de vida; su lenguaje naturalmente pintoresco, animado, recibía de sus voces masculinas y sonoras una brillantez poderosa. Imaginad espesos bigotes en caras cobrizas, ojos de águila y frentes terribles sombreadas por una boina, chaquetas o cimarras de piel de oso, paso ágil, marcha salvaje y posturas llenas de nobleza y dignidad. Jactanciosos como los héroes de Homero y los paladines de la Edad Media, bravos como los guerreros fanatizados de Odín, puede obtenerse una idea fiel de cómo eran esos oficiales montañeses.

Al entrar, el boticario me dirigió la palabra con aire regocijado para brindarme la ocasión de contestarle en el idioma nacional; Se dió prisa a hacerme conocer y anunciar que venía yo a recoger notas para escribir la historia de la insurrección. Tuve ocasión de sentirme lisonjeado por los aplausos que se me dirigieron unánimemente con entusiasmo de cordialidad inequívoca y con la admiración ingenua que nuestros montañeses iletrados profesan hacia la misión del poeta y del historiador.

—¡Hijo!—, exclamó uno de ellos, mezclando esta exclamación castellana con la lengua del país en transporte afectuoso en que el excelente vino de Tudela tenía su participación—; ¿con que has

venido de París nada más que con esta idea patriótica? ¡Bien hecho! Los Vascos se cubren de gloria; y pasan en Navarra cosas que merecen ser escritas en todos los idiomas para que sirvan de ejemplo a todos los pueblos.

—La primera guerra de la independencia no tuvo historiadores—, dijo bruscamente un gran hombre seco y de bigote gris—; pero no fué ni menos sangrienta ni menos gloriosa. Los granaderos franceses eran gigantes comparados a la vil canalla de cristinos que se debieran expulsar de nuestros valles sin otro arma que palos.

El que habló así nos volvió la espalda al acabar su frase; y se paseó por la habitación con paso largo y mesurado. Su capa larga, tan vieja como las guerras de que él hablaba, no era sino un compuesto de girones recosidos y de piezas superpuestas, como las tejas sobre un techo arruinado.

—Agustín—, me agregó—, puesto que tiene V. el proyecto de escribir un libro, le contaré punto por punto todo lo que ha pasado en nuestros Pirineos, comenzando por las guerras de Napoleón:

—España estaba encorvada bajo el yugo extranjero. Un fiel Navarro, al cargar sobre su mulo el carbón que llevaría a las ferre-rías, juró la independencia de su país y cogió la carabina. Patriota ardiente, guerrillero famoso, este hombre se llamaba Espoz y Mina. ¿Por qué fué preciso que el destierro cambiara el corazón de nuestro antiguo general? ¿Ha olvidado tan pronto qué raza de hombres crece a la sombra de nuestros valles? ¡Insensato, que se ha vanagloriado de sembrar entre nosotros el terror sin comprender que el sentimiento imperecedero de la nacionalidad domina aquí a todos los demás! Sus crueldades le deshonran y nos irritan, sus amenazas vanas nos dan lástima.....

—¿Qué se hizo del tiempo en que ví a Mina, sencillo montañés, calzar la abarca y almorzar sentado en un banquillo; con su taza de chocolate entre los pies, sin otra mesa que la piedra del hogar? Entonces, su voz era poderosa en Nabarra y su prestigio igualaba al del Viejo de la Montaña. Más de una vez se acostó el sol sobre nosotros en las altas fronteras de Aragón y se levantó sorprendido de volvernó a ver al día siguiente en las extremidades de Alava, sangrientos y victoriosos, repartiéndonos los ricos despojos de un convoy francés. El ángel de la patria favorecía nuestras expediciones aventureras. La codorniz agazapada en los campos de labrantío, queda menos desapercibida que el guerrillero montañés acostado al borde de las cañadas, con la carabina a punto, esperando la señal

del cabecilla, la oreja pegada a tierra para escuchar el paso de los caballos y el rodar lejano de las carretas enemigas. El viento que hace gemir los brezos guarda para él sonos proféticos y confidencias misteriosas. Interroga a los ruidos de la planicie en sus murmullos aéreos. La hora se aproxima. La luna, medio velada, se inclina sobre los montes para contemplar nocturnos combates..... ¡silencio! ¿Oís esos cantos joviales?... Son de regimientos franceses que se internan en el collado sombrío donde la muerte está de centinela. ¡Adelante! La noche está tranquila, los astros refulgen en el azul..... Un fantasma silencioso se levanta en lo alto de una loma, un silbido agudo sale y se prolonga; es Mina dando la señal: ¡Alarma! Más numerosos que las espigas antes de la cosecha, los guerrilleros se han erguido con sus largas carabinas. El fuego estalla, el monte está ardiendo, una granizada de plomo cae sobre los gabachos, y sus cadáveres se esparcen sobre el valle. ¡Alarma! ¡Victoria de los hombres de los montes! ¡Agustín, yo he presenciado todo eso!

Una mímica expresiva y teatral acompañó a los detalles de este recitado dramático desarrollado al modo de nuestros bardos improvisadores. El relámpago de la inspiración se apagó para dar paso a una cólera sombría. El oficial de guerrilleros recogió sobre la espalda las mil piezas de su capa, pidió cigarrillos a su vecinos y durante el resto de la tertulia conservó un silencio hurano. Los jugadores habían dejado sus cartas para tomar parte en la conversación. Mi excelente amigo el boticario se sentó a mi lado con el brazo sobre mi espalda. Delante de mí se hallaba uno de los principales oficiales, cuyo nombre he de callar. Con tono breve y positivo, que anunciaba al hombre superior, dijo el jefe insurrecto:

—La envidia de los Castellanos fué el primer motivo de esta guerra. No podían sufrir que las provincias vascas se gobernarán y administraran por sí mismas en libertad, mientras que muchos empleos civiles y militares eran desempeñados en Castilla por Vascos.

—Eso fué siempre así—, repuso alguien—, y los favores distribuidos a nuestros compatriotas, eran privilegio del mérito o premio de servicios prestados.

—Si es cierto que los Vascos se obstinan en conservar libertad y derechos, no lo es menos que en toda circunstancia les fué muy querida la gloria de España—, dijo el boticario (16).

—Su lealtad a la causa general no ha podido disipar el temor

(16) Preciso es reconocer que esta manifestación de españolismo ha imperado siempre en el partido carlista (N. del T.)

que inspiran y la desconfianza de que son objeto—, replicó el comandante S..... —Después de las guerras de la independencia, nuestras invencibles milicias fueron diseminadas entre las plazas fuertes de España, y nuestro país quedó desarmado. Se adoptó la misma medida a raíz de las guerras de la Fe.

—¡Aviso para los montañeses el día en que Carlos V entre triunfante en Madrid!—, gritó desde su rincón el oficial de guerrilleros con capa acuchillada; después, vació de un trago su vaso y se puso a fumar, el codo apoyado sobre la mesa.

—Se anuncia—, dijo el boticario—, que la regente envía contra nosotros a las guarniciones del mediodía. En ese caso, los oficiales vascos, que entre ellas se cuentan en gran número, no pasarán el Ebro sino para afiliarse bajo nuestras banderas.

—Es bastante curioso—, dije a mi vez-, que los mejores oficiales del ejército de Cristina sean Vascos, y que los Castellanos, tan envidiosos de nuestros privilegios, obedezcan a jefes de nuestra raza, tales como Iriarte, Gurrea, Oraa, Jáuregui, Mina.....

—Esos oficiales tráfugas—, dijo el comandante S.....—, serían más temibles si tuvieran a sus órdenes mejores soldados. Iriarte y Gurrea son activos y bravos, pero el más peligroso de todos es sin contradicción Oraa. Yo estoy siempre en guardia mientras ese lobo de monte merodee a diez leguas de distancia, pero dormiría tranquilo la siesta a seiscientos pasos de un jefe castellano. En cuanto a Jáuregui, su papel en esta campaña se limita a pasearse entre San Sebastián y Lesaca a fin de proteger los envíos de dinero que el gobierno francés hace diariamente a los generales de Cristina, y llevar su tropa tan en calma como otrora hiciera con sus corderos, porque Vds. saben que fué pastor, como lo indica el apodo de *Artzaia*, o Pastor. Preveo un fin trágico a todos esos hombres extraviados.

—¡Amén!—, concluyó levantándose un grueso y gallardo capitán que había guardado silencio hasta entonces—; el que lleva la guerra a su país natal, bajo cualquier pretexto que sea, merece la execración pública, y a más razón cuando su furia no obedece sino a sed de oro. Esta es una verdad que se la diría yo al mismo Mina, y tan redonda como una pelota: *¡pilota bezain biribil!* Agustín—, agregó el capitán dándome una palmada familiar en la espalda—, V. es joven y yo tengo cincuenta años. Créame, todos esos generales de Cristina son zorros viejos, y no hay uno que de antemano no esté seguro de ver fracasar sus armas contra la insurrección de los Vascos, pero han encontrado en esta guerra excelente ocasión para redon-

dear su fortuna. Cada uno de ellos ha conservado el mando en jefe justamente el tiempo preciso para apropiarse algunos millones. Admiro los engaños de vuestros periódicos parisinos, que tomaban en serio sus fanfarronadas. Ya se sabe a qué atenerse en cuanto a esos capones cebados de los cuales se pretendía hacer águilas. Puedo citar a Rodil, que no desdeñó esperar la llegada de su sucesor para abandonar el ejército y tomar el camino de su pueblo, precedido de una recua de veinte mulas cargadas de hermoso dinero francés.

La peroración del capitán excitó la hilaridad general, permaneciendo serio tan sólo el oficial superior de que he hablado, y que observó:

—La cuestión de conquista y unidad que ensangrenta a los Pirineos occidentales es grave y fué planteada contra nosotros por el gobierno precedente. El deseo de obligar en nuestras regiones exentas a una fusión con Castilla, arrebatando a los Vascos el privilegio de su libertad, lo dictó el testamento de Fernando VII, violador de la constitución española. El rey moribundo preveía nuestra resistencia y, deseando evitar a la regente los disgustos y peligros de esta guerra, resolvió preparar la ejecución de su testamento por la abolición de nuestros fueros. Esta amenaza excitó en las provincias vascas una sorda fermentación precursora de sublevaciones populares, y diputaciones diversas hicieron llegar hasta el rey exposiciones respetuosas pero enérgicas. Fernando, por toda respuesta, hizo avanzar sobre el Ebro un ejército de treinta mil hombres.....

Aquí? el oficial montañés apretó convulsivamente el puño de su sable, y una contracción involuntaria acercó sus negras cejas; pero se repuso en seguida en su calma y sangre fría, prosiguiendo en estos términos:

—Mientras el ejército gubernamental marchaba sobre las provincias vascas, la insurrección de julio estallaba en París, Bélgica y Polonia siguieron el ejemplo de Francia, el Helvético agitó su bandera federal. y, hasta en Oriente, valientes poblados de montañeses respondieron, desde el Atlas hasta el Cáucaso, con gritos de libertad. El momento no era favorable para que se provocara a los Vascos a una guerra. El gabinete de Madrid llamó a las tropas escalonadas sobre el Ebro y la cuestión quedó pendiente hasta la muerte de Fernando, cuando la causa de la herencia legítima vino a complicarla en nuestro favor. La ley sálica, adoptada desde hacía mucho en España, priva a Cristina de todo medio de colorar su usurpación, no siendo contestable el derecho de S. M. Carlos V sino en el sentido

democrático y revolucionario. Es difícil prever las convulsiones que puedan cambiar la faz de la Península Hispánica. Sea lo que fuere, los Vascos conocen su derecho y sabrán hacerlo triunfar. ¿No es cierto, compañeros?

La sangre fría del jefe rebelde desapareció ante esta última frase pronunciada con voz eléctrica y brincando hasta el medio del cuarto. Hubiérase dicho que un ave de rapiña acababa de ser derribada al suelo. La adhesión más calurosa fué la respuesta de aquellos montaraces, y las bóvedas del espacioso salón, heridas por el temblor de sus voces sonoras, devolvían como un tumulto broncíneo, en tanto que se agitaban brillantes los sables de los facciosos. El jefe paseó durante algunos instantes la vista en torno suyo, con expresión altiva.

—Agustín—, me ordenó—, escribirá V. a los Franceses cuanto habéis visto y oído.

En aquel momento los tambores redoblaban en la plaza pública y calles de Lesaca, invitando a los voluntarios a la oración de la tarde. El comandante S... me había conducido hasta el hueco de una ventana y allí le pregunté acerca de los principales actores de la insurrección: Valdespina, Zavala, Eraso, Iturralde, Zumalacarrégui.

«Valdespina pertenece a una de las más antiguas e ilustres familias de Vasconia. Nació en Ermua, en el magnífico palacio de sus antepasados, que los cristinos incendiaron. Desde su primera juventud tomó las armas en defensa de su patria, siendo capitán en 1793 y haciéndose admirar como valiente por los Franceses. La invasión extranjera le proveyó ocasión de mostrar toda su lealtad a la causa nacional, tomando parte activa y gloriosa en la guerra de la independencia; y, más tarde, una arrestación brutal y destierro a Cádiz por causa de su hostilidad declarada contra el gobierno constitucional. Tras la restauración de la monarquía y la entrada de Fernando VII, fué Valdespina proclamado diputado general de su país vasco, desplegando en este puesto honroso su talento administrativo, para ser reelegido por aclamación en las asambleas siguientes. Nombrado presidente de la diputación general después de la muerte de Fernando, propagó rápidamente la insurrección carlista en Guipúzcoa, Alava, Navarra, Vizcaya y hasta en Castilla, donde envió dinero, municiones y armas. Cuando las tropas liberales invadieron las provincias vascas, Valdespina se repartió el éxito con el brigadier Zavala contra Sarsfield. Olvidaba decir que tuvo el brazo derecho

destrozado por una bala durante las guerras precedentes, habiendo sufrido la amputación del mismo. Hoy tendrá unos sesenta años sin que la edad le haya hecho perder en nada su vivacidad natural. Une el espíritu más amable a una instrucción sólida y variada, así como la bondad de su alma iguala a la cortesía y afabilidad de sus maneras. No me queda sino hablar de su pequeña talla, capa gris y sombrero blanco, para terminar el retrato de D. José María de Orbe y Elío, marqués de Valdespina.

«D. Fernando de Zavala, natural de Munguía, en Vizcaya, capitán de caballería durante la guerra de la independencia; prisionero de Estado bajo la constitución, milagrosamente evadido; guerrillero formidable a la cabeza de mil jóvenes Vizcaínos; brigadier; diputado general de Vizcaya al advenimiento de Carlos V; general; grande de España; vencedor del rebelde Sarsfield; finalmente en desgracia y refugiado con su gloria en no sé qué parte del reino inhospitalario de Francia» (17).

«D. Benito Eraso apareció por primera vez en la escena política en 1821; elegido miembro de la Junta de Navarra por las cortes del reino, reunió en Roncesvalles ochocientos jóvenes Navarros, que fueron el núcleo del ejército llamado de la Fe. Habiéndose restablecido la paz en España, Eraso fué enviado a Madrid y retenido como prisionero de Estado; su mujer concibió el más vivo pesar, que llegó a degenerar en demencia. En 1830 Eraso a la cabeza de un cuerpo de voluntarios navarros rechazó la fracción de Chapalangarra en Valcarlos. Fernando le concedió el título de coronel de infantería, pero, habiendo sido licenciados los voluntarios, Eraso quedó privado de mando e ingresó en su hogar para vivir inactivo hasta el advenimiento de Carlos V. Detalles románticos son los de su evasión a Burdeos, cuando fué conducido como un malhechor, sin que los gendarmes le dejaran un momento de vista, acostándose en su habitación, a pesar de haberse dicho que fué puesto en libertad bajo palabra que Violó evadiéndose..... Oculto bajo disfraces abigarrados, tardó un mes en cruzar las cincuenta leguas que median entre Burdeos y los Pirineos. Al fin, el fiel Navarro se unió a sus hermanos en medio de las llamaradas de mil fogatas que iluminaban

(17) Eliseo Reclus escribía que Chaho, a quien podía titularse «el último de los Vascos», nombre que él mismo aplicaba a Zumalacargui, prefirió encerrarse en una habitación angosta de un quinto piso de Bayona a soportar la innoble vigilancia de los agentes de Francia... (N. del T.)

los montes para anunciar y festejar su regreso. El bravo Iturralde había organizado como por encanto los dos primeros batallones de Navarra bajo la fusilería de las columnas enemigas que surcaban en todos sentidos por nuestras regiones. Un partido numeroso le reservaba el título de general en jefe, pero Eraso hizo inclinar la balanza en favor de Zumalacarregui. Es un espectáculo honroso para nuestro país el ver a D. Tomás coronarse, entre sus dos fieles amigos, de gloria inmortal, merced al mando en jefe que debe a la abnegación del uno y a la generosidad del otro. D. Benito Eraso nació en Barasoain, Navarra, y cuenta unos cuarenta y cinco años. Pocos hombres unen como él la modestia a los más variados talentos; la bravura, a los sentimientos más delicados de humanidad; la actividad más infatigable, a una dulzura inalterable; el odio no fermentó jamás en su bella alma, que refleja una fisonomía expresiva y riente; su lenguaje seductor persuade a los espíritus más rebeldes; su patriotismo, tan puro como exaltado, los subyuga. Le ofrecieron tres veces el mando supremo sin que se hubiera podido conseguir que lo aceptara, y no ha dado aún la medida de su talento militar, pues no ha hecho brillar aún más que su valor. La posición independiente y desinteresada de este jefe virtuoso imprime a sus consejos fuerza irresistible; a su influencia, carácter de religiosidad.»

«Sagastibelza reúne en sí dos fisonomías distintas, que se suceden por transiciones rápidas: el Aborigen y el moderno Español. Si hablaba en la lengua de Cervantes, era grave, enfático, y la elevación de su pensamiento buscaba las magnificencias del lenguaje; pero al primer acento del idioma de los Vascones, su inspiración se convertía en más franca y más abrupta; su rodeo, más vivo; su marcha, más decidida; una nueva vida brotaba del fulgor de sus miradas móviles; el timbre de su voz se hacia más mordaz. No sé qué soplo de indomable libertad emanaba de este hombre más bien pequeño de talla, pero esbelto y fuerte como un leopardo» (18).

Resonaba en la plaza la contestación de *¡presente!* de los voluntarios al llamamiento. Cada compañía formó círculo en torno de su sargento-mayor y se puso a recitar con él el largo rosario que forma la oración nocturna del ejército. Oficiales, burgueses, curas y frailes, atraídos por la curiosidad, acudían a engrosar nuestra reunión. Se

(18) El bravo Sagastibelza, a quien Chaho demuestra tanto cariño y admiración, murió heroicamente en Lugariz (encima de donde hoy se halla el cuartel de la Guardia civil en San Sebastián, inmediato a Ventaberri) luchando frente a la Legión Británica, como referimos en nuestra novela corta «La Batalla de Oriamendi» («M. de A.»).

descubrían al entrar con ligera inclinación de cabeza y pronunciaban estas dos palabras: *¡Ave Maria!*, a las cuales se respondía *Madre de Dios*. Reconocí en este saludo tan cristiano el llamamiento de reunión que los Vascones adoptaron antaño al formar a la voz de Pelayo su primera cruzada contra los Sarracenos. Este recuerdo de los tiempos pasados echó su prisma poético en la escena a que me veía transportado. Los variados grupos de montañeses, sus extraños trajes y figuras atezadas, cuya expresión fantástica exageraba progresivamente el día que declinaba, formaban un cuadro prestigioso que la imaginación de un pintor podría apenas bosquejar. Rogué a Sagastibelza que me hablara de Zumalacarregui.

—Lo haré con placer—, contestó con perfecta graciosidad tomándose una mano—; y puesto que estáis resuelto a escribir para la posteridad la historia de nuestra insurrección, es justo que os hagamos conocer al hombre superior de que es alma poderosa y digno jefe. En pocos días su fama se ha hecho camino sobre la faz de la tierra. Al acercarse a este hombre heroico, en cuyo pecho palpita un noble corazón, se le ama, y estoy seguro de ello:

«D. Tomás de Zumalacarregui e Imaz vio el día en Ormaiztegui de padres nobles, en la provincia noble de Guipúzcoa. Cuenta próximamente unos cuarenta y cinco años y no tenía aún diez y seis cuando abrazó la profesión de las armas. Alférez en 1812, se fué a Cádiz junto a su hermano mayor, miembro de las Cortes (19). Regresó en 1822 con el grado de teniente al regimiento de las ordenes militares que se hallaba en Pamplona. Ofreció su espada a los defensores de la Fe y obtuvo el mando de un batallón. Al fin de esta guerra fué nombrado coronel del 4.º regimiento de línea; después, del de Borbón, del 16 de línea, y por fin del de Extremadura, 15 de línea. Estaba en Galicia mandando este último cuerpo cuando en 1830 se le pasó a la condición de retiro. Zumalacarregui se retiró entonces a Pamplona con su mujer e hijos. Tales fueron las fases diversas de su carrera militar hasta el día en que se le otorgó el título de generalísimo. Costumbres honestas, genio austero y meditativo, amor al trabajo, de ahí los rasgos que describen su juventud. Se desarrolló tarde, como esos frutos excelentes madurados a fin de estación, y mostró siempre más razón que ingenio. Sus miras organizadoras,

(19) Se alistó como voluntario en la guerra de la Independencia y se halló en la defensa de Zaragoza, llegando al empleo de capitán a la conclusión de dicha campaña, en que fué hecho prisionero consiguiendo evadirse (N. del T.)

que consiguió hacer adoptar, le conquistaron reputación de buen oficial de estado mayor, tomando puesto entre, los coroneles más distinguidos del ejército español. El único defecto que se le reprocha, y que es lo que constituye para nosotros su mayor mérito, es el amor que profesa a nuestra raza, su patriotismo»:

—¡Navarro, Navarro!, cuando ese guerrero apareció sobre la montaña enarbolando el nuevo estandarte, ¿era Pelayo, García o Mitarra? ¡El hombre vulgar se había transfigurado! ¡Quedé deslumbrado del brillo del héroe y le saludé como a un profeta, jurando vencer o morir con él!

—¡Y nosotros contigo!—, respondieron los insurrectos con voz formidable en impulso de entusiasmo eléctrico, y un relámpago repentino brotó de todas las miradas iluminando las imponentes figuras de los montañeses, que la noche, cada vez más sombría, borraba gradualmente; y cuando esas formas fantásticas volvieron a tomar su primitiva inmovilidad, se produjo un instante de profundo silencio, durante el cual no se oyó sino el murmullo del *rosario* recitado en la plaza pública por los voluntarios. Después, la campana de Lesaca sonó el Angelus y al mismo tiempo sonidos aéreos surgieron del cielo y fanfarrias lejanas se mezclaron al tintineo del bronce: armonía religiosa y guerrera a la vez, que la pureza del aire y la sonoridad de los collados hacían más vibrante y mágica en el mutismo nocturno. Desconfiaba yo del poderoso encanto que subyugaba mi espíritu, y me creí víctima del engaño de una ilusión semejante a la del montañés supersticioso que cree oír cacerías del rey Arturo en el seno de las nubes, ladridos de jaurias y relinchos de caballos mezclados a los sonos de un cuerno encantado.. Pero los ruidos que llegaron hasta mí eran reales y acudían cada vez mas distintamente y con más intensidad. «¡El general!», exclamó Sagastibelza golpeando el suelo con su pie; y le ví crecerse y alargarse en la sombra, como un ave que reanuda su vuelo. «¡El general!», repitió la muchedumbre con ruidosa aclamación, y los hombres de la montaña, saliendo en tumulto de la habitación, hicieron su aparición en la plaza pública. En un instante los voluntarios se hallaron en armas y su comandante a caballo. Zumalacarreghi les había habituado a las sorpresas, a las salidas imprevistas, a marchas nocturnas. Era él que en carrera rápida se había acercado a la frontera para recibir un convoy de armas y municiones en tanto que las tropas liberales escalonadas sobre esa línea de los Pirineos, huían a San Sebastián y Pamplona ante la proximidad del generalísimo Vascón.

Varias compañías de guías llegaron primero a la plaza, del lado de Vera. Las alpagatas de los montañeses cooperaban a la rapidez de la marcha. El aspecto de sus formas grisáceas circulando sin ruido a la luz de los *faroles* me hubiera parecido la evocación de un sueño fantástico a no ser por la voz firme y sonora de los oficiales que dirigían los movimientos de los voluntarios. Los guías precedían a un escuadrón de aquellos lanceros que el capuchino me pintó tan formidables. Dos jóvenes oficiales les seguían bien montados: el uno, Navarro de alta talla, D. Vicente de Reina, el más bravo y el más instruído de nuestros artilleros; el otro, Francés, llevando en su melancólica cara de Vendeano el duelo de su hermano recientemente muerto en un combate: Barrés. Al fin apareció, en medio de universal aclamación, el general en jefe rodeado de un grupo agitado de oficiales. Las antorchas colocadas en las ventanas alumbraban su cara expresiva y severa, su boina y pantalón rojo, su zimarra negra y su larga espada. Llegado ante los voluntarios, puso su caballo al paso; la fatiga había coloreado con un reflejo sanguíneo los rostros naturalmente sombríos de los guerreros montaraces; inmóviles, con sus capotes grises, sus boinas, sus puñales afilados, sus relucientes fusiles, seguían con mirada exaltada la vista fascinadora de Zumalacarregui pasando lentamente ante sus filas. Los *faroles* iluminaban la línea de batalla y agrandaban la sombra del jefe ilustre. Zumalacarregui hizo un gesto y se detuvo levantando la cabeza hacia el cielo como para buscar la estrella de su destino..... Un viento fresco agitó la bandera que iba delante de él; tambores y cornetas resonaron. Cinco minutos después, los voluntarios, lanzando mil gritos de alegría, salían de Lesaca la carabina a la espalda. Los lanceros trotaban sobre las aceras. Zumalacarregui lanzó su caballo soberbio y salió a galope, seguido de su estado mayor, como Sancho el Fuerte ante sus Ricombres. Volvió la cabeza hacia la plaza y noté una vez más sus bigotes caídos y su noble rostro, severo e inmóvil, como una cara de león. Luego, el gran hombre desapareció.....

El boticario me condujo a su casa.

—Agustín—, me dijo—, la noche es oscura y los cristinos temen a las tinieblas, como los niños. No tiene V. nada que temer de esa parte y puede dormir tranquilamente algunas horas; pero al rayar el día, ¡alerta! Iremos a ver la Junta de Navarra y a D. Martín Luis.

(Continuará)